dice las cifras. Esas cifras las hemos buscado en la obscuridad en que la historia las había dejado caer; las hemos encontrado con suma dificultad, y helas aquí. Nada, en nuestro sentir, puede ser más instructivo y curioso.

Era en 1588. El rey de España quería acabar de una vez con los ingleses, que ya le hostigaban y arañaban el coloso. Armó una flota. Y había en aquella flota veinticinco grandes embarcaciones de Sevilla, veinticinco de Vizcaya, cincuenta barcos menores de Cataluña y de Valencia, cincuenta barcas de la costa de España, veinte chalupas de cuatro aldeas de la costa de Guipúzcoa, cien gabarras de Portugal, catorce galeras y cuatro galeazas de Nápoles, doce galeras de Sicilia, veinte galeras de España, y treinta orcas de Alemania; en junto ciento cincuenta velas maniobradas por nueve mil marinos.

No se apreciaría exactamente esa escuadra si no se recordase lo que era entonces una galera. Una galera representaba una suma considerable. Toda la costa septentrional de Africa, excepto Argelia y Trípoli, no producía al sultán con que construir y mantener dos galeras.

El aprovisionamiento de boca de la armada era inmenso. Allá van las cifras sumamente singulares y muy exactas: á ciento sesenta y siete mil quinientos quintales de galleta, facilitados por Murcia, Burgos, Campos, la Sicilia, Nápoles y las islas; once mil quintales de carne salada, facilitados por Extremadura, Galicia y Asturias; once mil quintales de tocino, entregados por Sevilla, Ronda y Vizcaya; veintitrés mil barriles de pescado salado, entregados por Cádiz y el Algarbe; veintiocho mil quintales de queso, dados por Mallorca, Senegal y Portugal; catorce mil quintales de arroz, facilitados por Génova y Valencia; veintitrés mil pesos de aceite y de vinagre, facilitados

por Andalucía; el peso valía veinticinco libras; veintiséis mil fanegas de habas, enviadas por Cartagena y la Sicilia; veintiséis mil pipas de vino, enviadas por Málaga, Marvella y Sevilla. Las provisiones en trigo, hierro y tejas procedían de Andalucía, de Nápoles y de Vizcaya. El total se ha perdido.

Aquella flota llevaba un ejército: veinticinco mil españoles, cinco mil sacados de los regimientos de Italia, seis mil de las Canarias, de las Indias y de las guarniciones de Portugal; el resto de reclutas; doce mil italianos, mandados por diez maestres de campo; veinticinco mil alemanes; mil doscientos caballos ligeros de Castilla, doscientos de la costa y doscientos de la frontera, esto es, mil seiscientos jinetes; tres mil ochocientos artilleros y cuatrocientos gastadores; lo que, comprendiendo los nueve mil marineros, sumaba un total de setenta y seis mil ochocientos hombres.

Aquel monstruoso armamento habría aniquilado á Inglaterra. Una racha de viento lo destruyó.

Esa racha de viento, que sopló en la noche del 2 de septiembre de 1588, cambió la forma del mundo.

Además de esas fuerzas visibles, España poseía sus fuerzas ocultas. Seguramente que era grande su superficie, pero su profundidad era inmensa. Por todas partes tenía bajo tierra galerías, trabajos de zapa, minas y contraminas, hilos ocultos, ramificaciones desconocidas, raíces inesperadas. Más tarde, cuando Richelieu empezó á dar azadonazos al viejo suelo europeo, quedaba sorprendido á cada instante al sentir rebotar la herramienta y encontrar la España. Lo que se veía de ella á plena luz iba lejos; lo que no se veía penetraba aún más adelante. Podría decirse que, en los negocios del universo en aquella época, había más España aun debajo que encima.

Disponía de los príncipes de Italia por los matri-

monios; *Austria, nube;* de las repúblicas comerciales, por el comercio; del Papa, por la religión, por un no sé qué más católico que Roma misma; del mundo entero, por el oro, de cuya llave disponía. La América era la caja, España era el cajero. Como casa de Austria, dominaba pomposamente la Alemania y la conducía sordamente. La Alemania, en los mil años de su historia moderna, fué poseída una vez por el genio de la Francia, bajo Carlomagno, y una vez por el genio de España, bajo Carlos V. Unicamente que, muerto Carlos V, España no soltó á Alemania.

Como se ve, España poseía un algo que era aun más poderoso que su potencia, y era su política. La potencia es el brazo, la política es la mano.

Como se concibe, Europa se hallaba en situación incómoda entre dos gigantescos imperios, que pesaban sobre ella con el peso de dos mundos. Comprimida por España á Occidente y por la Turquía á Oriente, parecía encogerse más cada día; y la frontera europea, rechazada lentamente, retrocedía hacia el centro. La mitad de la Polonia y la mitad de la Hungría estaban ya invadidas, y apenas si Varsovia y Buda se conservaban del lado de acá de la barbarie. La orden mediterránea de San Juan de Jerusalén había sido transportada, bajo Carlos V, de Rodas á Malta. Génova, cuya dominación alcanzaba anteriormente hasta el Tanais; Génova, que antiguamente poseía Chipre, Lesbos, Chío, Pera y un pedazo de la Tracia, y á la cual el emperador de Oriente había dado Mitylene, se había retirado sucesivamente de posición en posición, ante los turcos, y se veía ahora acorralada en la Córcega.

No obstante, la Europa resistía á los dos Estados invasores. Reunía *(bandait)* contra ellos todas sus fuerzas, para emplear la enérgica lengua de Sully y de Mathieu. Francia, Inglaterra y la Holanda se las

tenían tiesas contra España; el Santo Imperio, ayudado por Polonia, Hungría, Venecia, Roma y Malta, luchaba contra los turcos.

El rey de Polonia era pobre, aun cuando era más rico que si hubiese sido rey de uno de los tres reinos de Escocia, de Cerdeña ó de Navarra, los cuales no reportaban cien mil escudos de renta; tenía seiscientos mil escudos al año, y la Lituania los pagaba. Excepto algunos regimientos suizos ó alemanes, no mantenía infantería; pero su caballería, compuesta de cien mil combatientes polacos y de setenta mil lituanos, era excelente. Aquella caballería, protegiendo una extensa frontera, tenía de eficaz para defender contra las hordas del sultán el inmenso y tembloroso rebaño de las naciones civilizadas, que estaba organizada á la turca, y que, salvaje, feroz y violenta en su aspecto, se parecía á la caballería otomana como el perro lobo se parece al lobo. El emperador cubría el resto de la frontera, desde Knin, en el Adriático, hasta Szolnock, junto al Danubio, con veinte mil lansquenetes, gasto insuficiente en tiempo de guerra que fatigaba al imperio en tiempo de paz. Venecia y Malta cubrían el mar.

Ya no mencionamos á Génova más que de paso. Génova, demasiadas veces humillada, vigilaba sus costas con cuatro galeras, dejando que se pudrieran veinticinco en su arsenal, arriesgaba poco por fuera y se abrigaba bajo el rey de España.

Malta poseía tres corazas: sus fortalezas, sus navíos y el valor de sus caballeros. Aquellos valientes nobles, sometidos en Malta á reglas suntuarias tan severas, que el más calificado de entre ellos no podía hacerse un traje nuevo sin permiso del bailío pañero, se vengaban de esas privaciones claustrales con un desencadenamiento inaudito de bravura, y, corderos en la isla, convertíanse en leones en el mar. Una ga-

lera de Malta, que no llevaba más de diez y seis cañones, y de quinientos combatientes, atacaba sin vacilar á tres galeones turcos.

Venecia, opulenta y atrevida, apoyada en siete ciudades fuertes que le pertenecían en Lombardía y en las Marcas, dueña del Friul y de la Istria, dueña del Adriático, cuya guardia le costaba cinco mil ducados al año, bloqueando á los uscoques con cinco fustas siempre armadas, fieramente instalada en Corfú, en Zante, en Cefalonia, en todas las islas de la costa desde Zara hasta Cerigo, manteniendo perpetuamente en pie de guerra veinticinco mil cernidas, treinta y cinco mil lansquenetes, suizos y grisones, mil quinientas lanzas, mil caballos ligeros lombardos y tres mil estradiotas dálmatas, Venecia hacía resueltamente obstáculo al sultán. Aun después que hubo perdido Andros y Paros, que poseía en el archipiélago, conservó Candía; y allí, firme en aquella magnífica barrera natural que cierra el mar Egeo, impidiendo á los turcos la salida del Archipiélago y la entrada del Mediterráneo, mantuvo en estrecho cerco á la barbarie.

El servicio de mar en Venecia implicaba nobleza. Todos los capitanes y comitres de los navíos eran venecianos nobles. La república mantenía constantemente en el mar cuarenta galeras, veinte de las cuales eran grandes. Poseía en su admirable arsenal, único en el mundo, doscientas galeras, obreros capaces de poner fuera del puerto treinta bajeles en diez días, y un armamento suficiente para todas las marinas de la tierra.

La Santa Sede era un grande apoyo. Nada más curioso que investigar actualmente qué príncipe temporal, qué poder político y militar residía entonces en el Papa, cuya situación era tan alta como príncipe espiritual. Roma, que tuvo antiguamente cincuenta

millas de circuíto, sólo tenía diez y seis; sus puertas, divididas en otro tiempo en catorce regiones, quedaban reducidas á trece; había sufrido siete grandes saqueos históricos; mas, aun cuando violada, había seguido siendo santa; aunque desmantelada, siguió siendo fuerte. *Roma,* si se nos permite recordar lo que hemos dicho otras veces, *será siempre Roma.* El Papa poseía una de las Marcas de Italia, Ancona, y uno de los cuatro ducados lombardos, Espoleto; poseía Ancona, Comachio, y las bocas del Po en el golfo de Venecia, Civitavechia en el mar Tirreno. El Estado de la Iglesia comprendía la campiña de Roma y el patrimonio de San Pedro, la Sabina, la Umbría, esto es, toda la sombra del Apenino, la marca de Ancona, la Romaña, el ducado de Ferrara, el país de Perusa, el Boloñés y un poco de Toscana; una ciudad de primer orden, Roma; una de segundo, Bolonia; ocho de tercero, Ferrara, Perusa, Ascoli, Ancona, Forli, Rávena, Fermo y Viterbo; cuarenta y cinco plazas de todas clases, entre las cuales Rímini, Cesena, Faenza y Espoleto; cincuenta obispados y un millón y medio de habitantes. Además, el Padre santo poseía en Francia el condado Venaissin, que tenía por corazón el tremendo palacio-fortaleza de Aviñón. El Estado romano, visto en un mapa, presentaba la forma, que conserva todavía, de una figura sentada en la grave posición de los dioses de Egipto, con el Abruzo por silla, Módena y la Lombardía sobre su cabeza, la Toscana en su pecho, la tierra de Labor bajo sus pies, adosada al Adriático y metida en el Mediterráneo hasta las rodillas. El soberano pontífice era rico. Sembraba indulgencias y cosechaba ducados. Bastábale dar una firma para hacer tributar al mundo. *Mientras tenga una pluma,* decía Sixto V, *tendré dinero.* Palabras de Papa ó de gran escritor. En efecto, Sixto V, que era un Papa literato, artista é inteligente,

no vacilando ante ningún gasto regio, puso en cinco años cuatro millones de oro en reserva en el castillo del Santo Angel. Con las contribuciones de todos los fieles del universo, el Padre santo se rodeaba de un buen ejército, veinticinco mil hombres en la Marca y la Romaña, veinticinco mil hombres en la Campiña y el Patrimonio; la mitad en las fronteras, la mitad bajo Roma. Según las circunstancias aumentaba ese armamento. Gregorio VII y Alejandro III presentaron cara á príncipes que disponían de las fuerzas del imperio, en el apogeo en su tiempo, unidas á las tropas de las Dos Sicilias. Un día el duque de Ferrara se permitió ir á hacer sal en Comachio. «*El Padre santo,* citamos aquí dos líneas de una carta de Mazarino, *con sus razones y un ejército que levantó, obligó al duque á arrepentirse,* y le quitó el Estado.» Queda, pues, explicado lo que eran los soldados del Papa. Aquella milicia hacía respetar admirablemente el Estado romano. Añadamos á esto la Umbría, gran fortaleza natural en donde Aníbal tuvo que retroceder, y por costas, lo mismo al Norte que al Mediodía, las riberas más azotadas por los vientos de toda Italia. No era posible ningún desembarco. El Papa, en los dos mares, estaba guardado y defendido por la tempestad.

Puesto y asegurado de este modo, cooperaba al grande y perpetuo combate contra el turco. Hoy el Padre santo envía camafeos al bajá de Egipto, y se pasea en el barco de vapor *Mahmudieh*. Hecho inaudito y que muestra bruscamente, cuando se piensa en ello, el prodigioso cambio de las cosas: ¡el Papa sentado tranquilamente en aquella invención de los hugonotes bautizada con un nombre turco! En aquel tiempo llenaba cumplidamente su oficio de Papa, y enviaba sus galeras mitradas con una tiara á Lepanto. Desde que las medias lunas y turbantes aparecían, ya nada guardaba para él, ni un soldado ni un escudo;

contribuía á su vez. De este modo, al llegar la ocasión, lo que los cristianos habían dado al Papa, el Papa lo devolvía á la cristiandad. En la liga de 1542 contra los otomanos, Pablo III envió á Carlos V doce mil infantes y quinientos caballos.

A fines del siglo XVI, en 1588, una tempestad había salvado á Inglaterra de España; á fines del siglo XVII, en 1683, Sobieski salvó á Alemania de la Turquía. Salvar á Inglaterra, era salvar la Inglaterra; salvar á Alemania, era salvar la Europa. Podría decirse que en aquella memorable coyuntura, Polonia hizo el oficio de Francia. Hasta entonces la barbarie había encontrado siempre á Francia, y ante la Francia se había disuelto siempre. En 496, viniendo del Norte, se había estrellado en Clodoveo; en 732, viniendo del Mediodía, se había estrellado en Carlos Martel.

Sin embargo, ni la armada invencible, vencida por Dios, ni Kara Mustafá, derrotado por Sobieski, tranquilizaban plenamente la Europa. España y Turquía permanecían siempre firmes, y el siglo XVII creía verles crecer indefinidamente, cada vez más temibles y amenazadores, en un terrible y próximo porvenir. La política, esta ciencia conjetural como la medicina, no alcanzaba por entonces á hacer otras previsiones. Apenas se tranquilizaba algún momento pensando que los dos colosos se encontraban en el mar Rojo y chocaban en Asia.

Aquel choque en la Arabia Feliz, tan lejano y tan indistinto, no disminuía, á los ojos de los pensadores, las fatales aventuras que se amontonaban sobre la civilización. En la época cuyo cuadro acabamos de esbozar, la ansiedad llegaba al colmo. Un escrito intitulado *Las fuerzas del rey de España,* impreso en París en 1627, con privilegio del rey y grabado de Isaac Jaspar, dice: «La ambición de ese rey sería po-

seerlo todo. Sus flotas, que van y vienen, atan á Inglaterra é impiden á los navíos de los otros Estados que corran á su capricho». En otro escrito, publicado hacia la misma época y que tiene por título: *Discurso sumario del Estado del Turco,* leemos: «El Turco da con justo motivo la alarma á la cristiandad, en vista de que tiene tantos medios de formar un grande ejército levantándolo en el país que posee. Sería necesario carecer de todo juicio para estar sin aprensión ante semejante diluvio.»

IV

Hoy, por la misteriosa fuerza de las cosas, Turquía ha caído, España ha caído.

A estas horas, los asignados (1), esta postrera carcoma de las viejas sociedades podridas, devoran al imperio turco.

Hace ya mucho tiempo que otra nación posee Gibraltar, como el salvaje que cose á su manto la uña del león muerto.

De suerte que, en menos de doscientos años, los dos colosos que asustaban á nuestros padres se han desvanecido.

¿Ha quedado libre Europa? No!

Como en el siglo XVII, la amenaza un doble peligro. Los hombres pasan, pero queda el hombre; los imperios caen, pero los egoísmos se reforman. Ahora bien; en el instante en que nos hallamos, lo mismo que hace doscientos años, dos inmensos egoísmos oprimen á Europa y la codician. El espíritu de guerra, de violencia y de conquista sigue firme en Oriente; el espíritu de comercio, de astucia y de aventuras sigue aún firme en Occidente. Los dos gigantes se han separado algo, remontando hacia el Norte, como para apoderarse del continente desde más arriba.

A Turquía ha sucedido Rusia; á España ha sucedido Inglaterra.

---

(1) En Turquía los llaman *schim.*